

**HOMBRES
IMPRUDENTEMENTE
POÉTICOS**

Editorial : Plata

*Chieko descubrió las violetas que
floreían en el viejo tronco del roble.
«Han florecido también este año». Con estas
palabras fue al encuentro de la dulce primavera.*

Yasunari Kawabata, Kyoto

Editorial : Roca /

para Yasujiro Ozu
para Hayao Miyazaki

Editorial : Rata /

Primera parte

EL ORIGEN DEL SOL

Editorial : Rata

Itaro, el artesano

Editorial : Rata —

Cuando Itaro cazó el abejorro y lo golpeó hasta que su cuerpo mínimo fue tan solo una mancha en la madera del suelo, quería matar algo más que un abejorro. Itaro quería matar una idea.

Se demoraba, después, observando el color tenue del insecto deshecho, ponderando las artes adivinatorias para imaginar un futuro cualquiera. El artesano examinaba los colores inmiscuidos en las arrugas de la madera y se mantenía afligido. Se negaba a hablar. Esperaba. Aunque nada se moviese, aguardaba aún la visión completa de aquello que quería saber, como si el insecto muerto fuese un mensaje abierto que le sería dado leer en la limpidez del aire.

La criada Kame se unía a la joven Matsu para impedirle molestarlo. El artesano hacía tiempo que estaba empeorando, hecho una furia constante, anunciando agravamientos y apresurando el trabajo. Dormía menos, comía atragantándose, olvidaba palabras, abría heridas.

De pronto, el hombre se inclinó derramando la cabeza sobre el suelo y lloró. Las dos mujeres se abrazaron. Lo que él acabara de saber sería algo que los entristecería a todos. La criada Kame ya estaba desengañada. Coincidiendo con las extrañas visiones de Itaro, a ella se le enfriaban los codos. Dos pedazos de hielo se le metían en los huesos avisando del susto. Se quedaba onomatopéyica. Dolida. La ciega Matsu preguntaba: qué. La otra quería sosegarla, acariciándole desconcertadamente los cabellos.

El artesano hacía mucho que descubría noticias del futuro usando absurdamente el exacto instante de la muerte de los bichos. Había sido un pez que había pescado junto a su padre, niño aún, el que por primera vez se expuso ante sus ojos estupefactos. Pasada la tarde en quehaceres y andanzas, cuando llegaron a casa el pez aún resollaba su lenta agonía. Y el muchacho pidió permiso para prepararlo, había visto muchas veces el golpe inicial, el ritual educado de su madre y la criada, mediante el cual bien sabría transformar su pesca en el grato alimento de su familia. Se sirvió del cuchillo y así lo hizo. Se fijó en la quietud del animal, después del corte, tendido como una muerte generosa, una muerte comestible. Pensó. Y al pensar así se le turbaron los ojos, como pensó inicialmente que había ocurrido por la claridad. Pestañeó, se apartó de la luz, volvió a encarar el pez abierto y volvió a pensar: una muerte comestible. En la parte inexplicable de la conciencia le fue dejada la noticia de que iba a tener una hermana. Sin ver, pensaba así. Sin ver. Más tarde com-

prendería que el pez le había especificado que Matsu nacería ciega.

Esa primera vez la señora Kame ya se había manifestado. Sin saber lo que le ocurría, había explicado que era un frío que se le distribuía por los huesos. En mis huesos se hace la noche invernal. Decía y se resregaba los codos posibilitando el calor. Mientras Itaro se desmayaba dentro de sí mismo, sus padres admitían que la criada había sido recorrida por un espíritu suelto. Se callaban por respeto a la hipótesis de que alguna decisión divina los auscultase. Quemaban incienso para prestigiar a sus antepasados y el ánimo del mundo, simbolizaban con austera dignidad sus ofrendas en el pequeño altar, aliviaban palabras y sonreían como gracia. El Japón era un orden generoso. Lo respetaban. La señora Kame también se dividía entre ponerse enferma de los huesos o ser visitada por el soplo de la inteligencia universal. Por ese motivo, intentaba explicar lo que sentía sin que pareciera que se quejaba. Era como definir un dolor por gratitud. Presentía que debía agradecer y acariciar aquel peculiar miedo. El miedo era también una presciencia.

Pero a veces la muerte de los bichos se exponía al artesano de una forma distinta al anuncio del futuro. A veces eran tan solo cuerpos debilitados por el movimiento de la vida. Cosas acabadas por sorpresa pero destituidas de contenido, sin más utilidad que el hambre de los otros o el estiércol de la tierra.

En crisis, Itaro tenía que abrir bichos como quien va por un camino haciendo preguntas a quienes pasan.

Mataba para preguntar. Ya su padre le había alertado acerca de la incuria de sucumbir a la curiosidad en lugar de obedecer tan solo al hambre. Le decía que ellos mismos, una vez muertos, se transformarían en revelaciones profundas, absolutas a sus propios espíritus, y que tal vez su euforia por la lectura de la muerte acabase por llevarlo al suicidio. Itaro respondía que poseía la bendición de la sensatez y siempre se disculpaba. Pido perdón, padre. Pero su padre sostenía un enfado en los ojos para regular la moral deslumbrada del hijo.

Aquel primer día, Itaro preguntó: es verdad que voy a tener una hermana. El hombre respondió: haremos súplicas para que sea un niño. Así le confirmó la alegría de que esperaban un segundo hijo. Itaro se alegró también.

Sopesaría siempre, de todos modos, lo que anunciaría su cuerpo muerto. Si tuviera que matarse, qué adivinación guardaría su cuerpo al asombro del espíritu impelido a la libertad. Se preguntaba.

Levantó la cabeza, se limpió las lágrimas y pidió que volviesen a la normalidad. La criada dudó de si preguntarle qué le había sido revelado, tan solo dijo: señor. Y el artesano confirmó que estaba a punto de llegar el viejo sabio. Pero era poca cosa como visión. La pequeña comunidad había sido avisada con formalidades importantes de que la casa nueva, justo allí al lado, sería ocupada por un gran hombre, un anciano que sería como oro humano para el centro de las flaquezas morales de aquellas pobres gentes. La criada

Kame respondió: gracias. Y sabía, por la noche invernal de sus huesos, que la muerte del abejorro le había contado a su patrón algo mucho más terrible que la presencia ya prometida de un hombre perfecto entre los débiles aldeanos.

Barrió de la madera el polvo que había quedado del abejorro. La señora Kame, solemne, escondía aquel gesto de Itaro para que ni un resto de las pruebas se prolongase en la muerte. La escoba era parte de su cuerpo. Inquieta, pasaría el tiempo barriendo en torno a la casa, que era como pretender ordenar el granulado infinito de la propia tierra. Se calmaba con el cansancio físico. El miedo era una energía de la que necesitaba desprenderse. La criada, sin visiones, medía tan solo el tamaño de la mala suerte. Sabía que estaba por venir una mala suerte enorme. Quizás la mayor de todas. La peor. Rodeaba la casa repetidamente y hacía cuentas. La desesperación de Itaro era siempre mayor cuando el destino de su hermana peligraba. La pequeña y desprotegida Matsu, pensaba la criada Kame, era una criatura de pura belleza abandonada en la oscuridad. Pasaba los días gritando: musumé, donde estás. Y la joven ciega respondía: en tu corazón. La criada insistía: y dónde más. Y la joven ciega respondía: aquí, junto a la roca. Que era lo mismo que decir que estaba diciendo sus plegarias. Estaba siempre rezando, pues era lo más valiente que tenía que hacer. La criada, como Itaro, sabía que Matsu explicaba a los dioses la vida con la más tierna honestidad. De cualquier modo, la joven ciega honraba a su familia

y toda la piedad que merecían había de ser sobre todo gracias a ella.

Arrodillada ante el humilde altar, la ciega se pasaba entre los dedos los granos de sal. Acariciaba la sal. Los demás pensaban que mesuraba la sequedad y su adecuación a la misión de la ofrenda, pero la joven imaginaba sobre todo que sosegaba el cuerpo del mundo.

Editorial : Rata /

Editorial : Rata —

**La leyenda del alfarero
Saburo y de la señora Fuyu**

Editorial Plata

Hacía mucho tiempo que el alfarero había comenzado a cultivar flores en la falda de la montaña. Unos cien pasos de jardín bajo las copas de los primeros árboles, un alarido de colores y perfumes que contrastaba con lo rudas que las cosas salvajes podían llegar a ser. Acusado de esperanzarse por bellezas de las que la naturaleza había prescindido, Saburo trabajaba a la vista de su esposa, la señora Fuyu, que siempre se ofrecía a ayudarlo sin que él aceptase. El jardín en el bosque era un encaje coloreado en la franja que subía de la montaña. Al pie de la montaña, junto al camino, se abría la planicie, donde enseguida se ponían las casas y se labraban los campos. Vivían ante el sagrado laberinto salvaje, la inmensa elevación que los sobrevolaba espionando, atenta ciertamente a las iniquidades comunes y a la pobreza de los hombres.

Por tres veces el vecino Itaro le había dicho que un animal hambriento descendería de la montaña para matar a su mujer. Saburo, justificado por el amor, se

dolió largamente y quiso saber de qué manera podría disuadir a aquella fiera de traerle tan imposible dolor. El vecino, debido tal vez a la poca definición de sus premoniciones, tal vez incauto, le aconsejó cambiar la naturaleza. Quería ciertamente aludir a la utopía de conseguir tal cosa, pero Saburo se lo tomó tal cual, pensando que si privaba al bosque de su cariz salvaje se amansarían las fieras, ganarían en corazón, se volverían un poco domésticas, como algunos pájaros que se acostumbraban a la amistad con las gentes. Saburo pensó.

Por cuanto extensión fuese capaz, debía hacer del bosque un jardín sensible que, al paso de cualquier animal enfadado, funcionase como escuela de maneras, una lección de ternura y respeto que enseñaría a todas las hambres la importancia de respetar la vida de las personas. Los animales aprenderían la piedad mediante la ostentación esplendorosa y esperanzada de la belleza.

Nunca se lo había dicho a la señora Fuyu, que había sentido intuitivamente un gesto de amor en cada tallo de flor. El alfarero debía protegerla incluso de la tristeza de conocer la amenaza que pendía sobre su cabeza. Quería que ella fuese tan propensa a la sonrisa como fuera posible. Habían envejecido sin hijos. La pequeña comunidad sentía compasión por ellos y notaba bien que se abandonaban a sus amores como si fueran niños toda la vida. Eran poco normales, eso decían. Les faltaba lucidez por su soledad. Saburo se alegraba juzgando que su esfuerzo sensibilizaría tam-

bién al espíritu divino. El tiempo pasaba y la suerte se prolongaba. Era una señal de que el destino se compadecía con el plan hermoso de cambiar absurdamente las maneras del mundo. Decía: estoy curando al destino. Pensaba que su mérito convencía a los dioses, como si pudiera educarlos también a ellos.

La tremenda extensión del jardín, que penetraba entre los árboles, agotaba al alfarero, que se dividía entre los quehaceres de la costumbre y la obstinada intención de avanzar por la montaña entera a la medida de sus fuerzas. Ni siquiera el tiempo de tres vidas sería suficiente para cambiar por flores toda aquella gigante obra salvaje. Una obra gigante del Japón era una absoluta demasía para la ternura de un solo hombre. Saburo se turbaba pero sería siempre mínimo entre tanta exuberancia, un pedazo de vida que el Japón podría legítimamente ignorar. El alfarero y su esposa, con tanto sueño y tanto empeño, eran un pedazo de vida que el Japón ignoraría.

Si mantenía el jardín en cien pasos de ancho y casi doscientos de largo continuaría sintiendo la admiración de quien por allí pasaba, por más que los aldeanos comentasen lo difícil que era aceptar una reprimenda como aquella hecha a la naturaleza. El alfarero reprimía la naturaleza. Grotesca y sapiente de sus propias fealdades y bellezas, obligar al bosque a la gentileza de un jardín era ofensivo. Se encogían de hombros. Veían a Saburo con su cándida esposa, corría la noticia de que había sido Itaro quien le había encomendado tan ingrato oficio, los aldeanos se sentían bien con las

flores, eran la sangre ondulante del alfarero. Padecía de aquella belleza. Eso pensaban. Que todo cuanto consolaba a las personas era trabajoso y un esfuerzo terrible. Se consolaban entonces, quizás ofendiendo igualmente al bosque, tal vez igualmente en el punto de mira de la furia de cada dios.

Con todos los miedos, sin mayor explicación, algunas noches el alfarero encendía incienso entre las flores. Caminaba humeante en la oscuridad, diciendo oraciones en voz muy baja, cargando cuidadosamente con una linterna que le colgaba de la mano como un pequeño sol individual, casi íntimo. Se movía por el jardín que se inmiscuía en la arboleda, subía y descendía de igual modo cantando canciones de cuna para las flores, que eran tan solo eso, quietas en la verticalidad de sus tallos, sin ofrecer nada más que la delicadeza de las evidencias. Saburo desaparecía entre la maraña y la señora Fuyu, a la puerta de casa, dejaba de verlo, amedrentada, ansiosa, suplicando a los muertos para que cuidasen de él, para que le dieran juicio, para que lo devolviesen rápido y saludable aunque fuese tan solo por consideración a lo que en él quedase de virtud.

Saburo iba y volvía. Con la misma esperanza. Atondrado en su esperanza. Y de nuevo preguntaba al vecino artesano, por si los bichos que mataba le anunciaban nuevas prudencias y cautelas. Pero Itaro negaba. Explicaba siempre que la visión de la muerte de la señora Fuyu era una intromisión, una especie de interferencia en sus asuntos personales. Nunca había entendido por qué tenía que recibir aquellos mensajes.

Y si los entregaba era tan solo por superstición. Quizás fuera mejor informar al alfarero, decía, para que el destino del alfarero se abstuviese de quedar en sus manos. Itaro, torpe, despreciaba a Saburo y su fragilidad amorosa, por considerarla un sentimiento muy poco adecuado a la miseria en que vivían.

Una noche, al escuchar un soplido profundo, presintiendo un aliento muy tenebroso, el alfarero se despertó y tomó con un gesto el sable con el que pensaba matar. Se levantó, se cercioró del sueño de su mujer, tranquila en los sueños con los que se entretenía por costumbre, y salió. Encendió la linterna y escudriñó alrededor. Había nada. Había una noche vacía, eso cavilaba, sin nadie. La luz de la luna encendía el mundo. Se veían más las sombras de las cosas que las propias cosas. La luz de la luna era para las sombras. Y el alfarero percibía detalles bajo la luz escasa, para integrarse en el sosiego. Y todo se sosegaba. Quizás hubiera escuchado su propia sospecha. De tanto esperarlos, por más que esperase también un cambio en su destino, escuchaba animales furiosos aquí y allá. Los inventaba con su miedo. Se sentó y meditó sobre el miedo como algo fértil. Después tomó el incienso y lo quemó a la puerta de casa. Con una oración breve se convenció de que todo estaría bien y que podría volver junto a la señora Fuyu, sumida en sus sueños. Para felicidad de Saburo, la señora Fuyu estaría sumida en sus sueños. Así que entró.

La casa exhalaba, como si echase en falta algo inmaterial. Algo que le era intrínseco y de lo que el lugar había quedado desprovisto de súbito.

Nunca entendería cómo podía haber ocurrido que el animal estuviese dentro de casa. Cuando buscó noche afuera el bullicio de algún ser hambriento, nunca podría haber concebido que se había ausentado de donde había aparecido el animal. Al salir, pensando en cazar a la bestia, en verdad había abandonado a su mujer. La bestia estaba dentro de casa. La puerta cerrada, las maderas ajustadas sin permitir el paso de más que una aguja de pino. Y sin embargo, cuando Saburo salió y cuidadosamente corrió la puerta para cerrarla, el enemigo estaba ya resollando sobre el cuerpo de su mujer. El asesino se había materializado sin lógica ni compasión. La señora Fuyu se esfumó. El alfarero la abrazó y lloró. Después, se puso a gritar atrayendo a algunos vecinos y propagando el aviso de que andaba suelta una bestia por las casas, era preciso hacer fuego, mantener el fuego, proteger inmediatamente a las personas.

Se acabó con la noche.

Los aldeanos se atarearon en la supervivencia y la ayuda. Andaban asustados y al ataque. Si la bestia se había demorado aún por allí, la matarían para que nunca más se alimentase de aquellas personas.

El alfarero había fallado. Agraciado tres veces por la adivinación de Itaro, ni siquiera así había sido capaz de mejorar hasta conseguir salvar a su esposa. Y las personas le decían lo que él mismo les había contado, que el animal se había asomado al interior de la casa como humo. Era un espíritu, una aparición. Había mordido a la señora Fuyu con la autoridad del destino.

Si hubiera sido de otro modo, el humo nunca hubiera abierto el cuerpo de nadie. Era decisión del espíritu divino, tenía que ser respetada. La señora Fuyu tendría la celebración que le correspondía, Saburo debía estar en paz con los dioses. Era una decisión. El alfarero tenía que aceptarla. Era claramente una decisión.

Unos días más tarde, incapaz aún de dirigirse a las flores, el alfarero colgó el kimono de su mujer en el espantapájaros del jardín. Allí espantaba imitando su compañía.

Decía: imita ver a los pájaros.

Los vecinos se entristecieron, pero entendían que en la cabeza del alfarero una gran parte era de niño. Su amor inmaduro proseguiría. La muerte era muy poca cosa como para acabar con un sentimiento tan grande. Algunas personas se asustaban del vestido movido lentamente por el aire. Con el paso del tiempo, también ganaban en ternura y recordaban a la señora Fuyu por la gracia de su cordialidad. La tierra del alfarero parecía para siempre observada por su mujer. Era una mujer abundante. Permanecía.

♦ El alfarero volvió a las flores. Decía: son una escuela. Enseñarán lentamente a las bestias más testarudas y antiguas, a los que ya pertenecen solo al lado de la muerte. Quería decir: los de humo. Aquellos que tal vez fuesen capaces de llegar sin necesidad de cruzar el bosque. Aquellos que se consumaban dentro del destino de cada uno, ciertamente admitidos o invitados por la incuria moral o por la ignorancia. Bestias que venían de la propia sangre.

Volvió a las flores y también a las noches. Cuando llevaba las plegarias y el incienso, despertado indefinidamente por el desnivel de la pendiente, reluciendo apenas un poco en la soledad.

Saburo pensaba que, si el jardín fuera mayor, resultaría imprescindible incluso a ojos de los dioses. Y los dioses lo amarían y, si lo amaban, le devolverían a la señora Fuyu o, al menos, la harían feliz hasta que él se uniese a ella.

Ajardinaba callado, delicado como siempre, sin confesar que pedía a los muertos que le mandasen a su mujer. Era lo único que sabía hacer, pedir que le devolviesen a la irrepetible señora Fuyu. En cada gesto contenía esa súplica sencilla y sincera.

Nunca se había oído hablar de un amor que resucitase. Pero las mejores leyendas contaban sobre héroes que nunca se rendían. Saburo era así. Se negaba a desistir.